Uaricha Revista de Psicología (Nueva época), 9(20), 126-135 (septiembre- diciembre, 2012)

Hilvanando un puente de palabras

Reseña del libro: Tejiendo en la clínica. Entre el niño y el Otro, de Liora Stavchansky.

Tacking a bridge of words

Book Review: Knitting in the clinic. Between the child and the Other, of Liora Stavchansky

Jesús Manuel Ramírez Escobar[1]

Universidad de Buenos Aires

Argentina

[1] Doctorado en Psicología. Contacto: jemaraes@gmail.com

©2012, Facultad de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
ISSN: 1870-2104

Romántico sostén de la psicopatología descriptiva, momento prínceps donde la etiología de ciertas psicoterapias encuentra su innoble razón, la niñez es señalada por el saber psicológico como punto de quiebre. Piedra filosofal de los nostálgicos, cubierta por un velo de palabras sueltas -y en ocasiones hermanada al mítico origen-, la infancia solicita un escenario de refundación. Por su parte, inserto en la sociedad como poco experimentado, tachado como en franco proceso de desarrollo y bajo el imperativo de lograr cierta madurez, el niño arriba a la historia de la humanidad por sendas nebulosas.

Desde su trinchera, operando con un cúmulo de movimientos en apariencia desordenados, el infante confronta y arma el mundo, su mundo, de la mano de la indomeñable fantasía. Gobernado por un discurso que lo determina, lucha entre gigantes para apropiarse de un espacio, aquel que paga con su cuerpo y sus actos formando una disertación en el juego. Infatuado por palabras de extraña referencia, alimenta en soledad la tarea que se le impone al entrar al reino de lo humano. Hay quien lo ha llamado cachorro en franca alusión a su desvalimiento, colocando el verdadero trauma de la

vida en el mismo hecho de existir: la primera exhalación se acompaña de un grito que más tarde será leído como llamado. Alguien, encarnando el deseo que lo trajo al mundo, le otorgará los primeros cuidados a la manera de un Virgilio vital. Éste, recipiente de sus afectos y esclavo de los propios, marcará el sendero que más tarde será transitado en la búsqueda insaciable por un sentido inexistente: el amor como apuesta de significación trae consigo experiencias ambiguas (muchas de ellas de satisfacción y dolor), que la vida se encargará de recordar.

Así, el desvalimiento y el desamparo iniciales deben ser zanjados de la mano de cierta crudeza. El auxilio del ser hablante es aquello que lo subyuga: la cadena del lenguaje es su medio de liberación. Sin embargo la creación no deja de apuntar a la salida, pues el niño, como el poeta, inserta las cosas de su mundo en un nuevo orden que le agrada; de ahí la pregunta freudiana: "¿No deberíamos buscar ya en el niño las primeras huellas del quehacer poético?" (Freud 1907/2005). Con esta referencia, bien podemos emprender una búsqueda por comprender lo que ocurre en la clínica psicoanalítica con niños.

Lugar común de conflictos en la historia de la práctica clínica, cuyo efecto vemos en la postura de hordas de psicoanalistas que se descosen en justificaciones para poner una barrera a su quehacer frente a estos personajes-niños. A esta propuesta responde Liora Stavchansky con su libro *Tejiendo en la clínica. Entre el niño y el Otro,* donde toma el desafío de avanzar, como un verdadero retorno de lo reprimido, frente a los rechazos impuestos por una comunidad analítica cada vez más reticente a la pregunta. De esta manera, enhebrando el hilo freudiano, se encamina en el trecho propuesto por Lacan inquiriendo a cada paso su propia clínica. Una labor temeraria pues ya son cada vez menos los analistas que en nuestro México dejan de lado el discurso académico para instalarse en posición de interrogar el saber-hacer al que están llamados.

Este libro, fruto de una tesis de Doctorado, cuenta con el prólogo del psicoanalista argentino Pablo Peusner, cuya producción escrita apunta principalmente a la clínica psicoanalítica lacaniana con niños.[2] En dicho texto, Peusner alude a la formación propuesta por el analista francés para aquellos que tomarán, como lo hace la autora, la posta en el análisis infantil y subraya, como premisa central, el pensar topológico. Con este aperitivo se transitará a lo largo de cinco capítulos, precedidos de una introducción,

[2] Destaco estas mismas palabras casi como una cita, pues él mismo sostiene la complejidad surgida al trabajar con esta novedosa frase, ya que muchas veces se habla de una clínica con niños sin ningún tipo de referente teórico, más cuando es casi un enigma el cómo relacionar los trabajos propuestos por Lacan sobre el lenguaje frente a un niño que muchas veces no habla.

por una serie de respuestas que la autora ensaya para tratar de ubicar su posición como analista.

La introducción explicita una toma de principios para formular así las preguntas fundamentales del texto. Se empuñará la herramienta topológica para dar cuenta de la discursividad con que trabaja el analista. Así, la estructura del sujeto (del inconsciente, si es necesario decirlo) toma un sitio novedoso: ya no se le buscará en los confines del alma o como una cara velada de la razón. El inconsciente pierde entidad y pertenencia, configurándose como espacio moebiano de una cara donde la frontera entre lo exterior y lo interior se ofrece como ficción. El adiós a la intersubjetividad se lee en ciernes y el niño no podrá ser tomado nuevamente como un individuo sin habla sino como sujetado, al igual que un adulto, al entramado del lenguaje desde una posición particular que lo ubica como causa.

El texto avanza por los laberintos de la historia del psicoanálisis, destacando los obstáculos surgidos en el afán de postular una clínica posible con niños.

Iniciando con Freud y el análisis del caso Hans, se da cuenta del problema que emana de la posición tomada por el pequeño en el dispositivo analítico, pues aún no se responsabiliza de lo que hace, ni de lo que dice. De igual modo, el enigma de la transferencia es planteado debido a que muchos infantes son traídos por sus padres a la sesión. Continuando con la historia, Anna Freud comprenderá al análisis con niños como un proceso de maduración donde el chico se verá conducido por los rieles del desarrollo de manera longitudinal. De esta manera enarbola un perfil diagnóstico que pretende señalar los puntos de evaluación del desarrollo infantil a fin de evitar un desequilibrio. El análisis se viste de prevención.

Se recorre el debate propuesto por Melanie Klein acerca de su trabajo con pacientes psicóticos, donde la fantasía inconsciente y las posiciones esquizo-paranoide y depresiva toman lugar en la conformación gradual del psiquismo. A esta discusión se suma, aunque desde un punto intermedio, Donald Winnicott con sus postulados acerca del juego como medio de trabajo analítico y del objeto transicional (del cual Lacan prestaría oídos para proponer su objeto *a*), así como la importancia de los primeros cuidados como conformadores de la vida psíquica. Por último, se aborda la propuesta de Françoise Doltó acerca de la imagen inconsciente del cuerpo. Dicha imagen será la síntesis viva de las experiencias emocionales, la encarnación simbólica inconsciente del sujeto deseante consecuente de su historia.

A este punto se liga la propuesta de Lacan, de quien la autora extraerá una manera de intervenir y de pensar cada caso. Ubicando al infante en las

coordenadas del deseo se buscará el establecimiento de la causa del mismo como un resabio del discurso que le da origen: el niño llega al lugar silente que le otorga el deseo de sus padres. A su vez, le dará importancia clínica al hecho de que el chico aprenda a hablar de sus proyecciones figuradas, pues para él, tanto el dibujo como el acto de jugar, toman eficacia en tanto cosas reales.

Al final del primer capítulo la autora emprende un camino para problematizar el término infancia contrastando la postura de Agamben con las de Freud y Lacan; recalcando la manera en que el filósofo sitúa al sujeto aún por venir en lo pre-lingüístico, de la mano de lo mudo. La infancia se perfila como inefable y lugar común desde donde toda experiencia es posible. Por ende, dicho pasaje exige la caída de la infancia y su captación por el habla, acontecimiento que dará origen al lenguaje. Será de la mano de Freud que el camino hacia lo infantil y su relación con el inconsciente tomen un nuevo sentido hacia el deseo y lo pulsional, momento clave en la cultura donde el término sexualidad toma amplitud y se dispersa como esquirlas en el cuerpo.

El segundo capítulo abisma la pregunta por la diferencia entre la infancia y lo infantil desde la óptica freudiana, siendo la primera un lugar mítico que debe perderse, opaco espacio y fundamento. La construcción de la historia singular requiere de una excepción como sostén, la caída de la infancia como espacio originario es el sustrato mismo de la fantasía que reviste los escenarios del mundo. Lo infantil quedará como residuo de esta pérdida y mantendrá ciertos escarceos con el inconsciente (al grado de convertirse a veces en sinónimos), volviendo necesaria su diferenciación. Aunque muchas de las formaciones del inconsciente cuenten con una cara infantil reprimida, el material de las mismas no sólo se compondrá de experiencias primigenias, sino de la contextura de un relato que cada tanto significará la experiencia previa; de ahí que el análisis se dirija a la cura por la palabra. Ahora la infancia no siempre será destino, si no ¿para qué analizarse?

Concluye la autora:

Lo curioso es que lo infantil, a pesar de estar reprimido, deja evidencia en el sujeto [de] toda la historia de aquella realidad psíquica, que incluso reprimida logra burlar la barrera para hacerse escuchar (sueños, chiste, síntoma, lapsus). De este modo, no todo lo inconsciente es infantil, pero sí todo lo infantil se ha vuelto inconsciente. (Stavchansky, 2012, p. 90)

Como complemento de lo anterior se destaca el concepto de retroacción (*nachtraglich*), donde Freud ubica la conformación del síntoma como un trauma en dos tiempos. La temporalidad lógica del inconsciente confronta

la linealidad de la historia corriente. De aquí en más el pretexto de entender al psicoanálisis como una clínica de la reminiscencia pierde validez. Ya no se buscará el germen de un comportamiento en el recuerdo infantil sino en la amnesia que se refleja en el silencio de los actos.

Por otra parte, si bien el relato de la sexualidad infantil expuesta por Freud en sus *Tres Ensayos de Teoría Sexual* de 1905, marca la puesta a punto del recorrido pulsional, dicho tramo quedará marcado por una discontinuidad. Así el niño será llamado *perverso polimorfo* pues, en su intento de andar por el camino del deseo, tomará diversas rutas para alcanzar un fin que se le escabullirá como arena en las manos. La paradoja de la existencia se cimenta en un fin siempre perdido. La constante búsqueda de satisfacción se acompaña de la conformación de un cuerpo que le dé cabida, mismo que dependerá del establecimiento de ciertas identificaciones comprendidas más como procesos lógicos que cronológicos.

A lo largo del tercer capítulo la postura del libro se hace más evidente. Seremos testigos de un intenso recorrido por la teoría estructuralista lacaniana en pos de descifrar el término *sujeto* para oponerlo al concepto de niño. Desfila, ante los ojos del lector avezado, la dificultad que transitara Lacan al inicio de su enseñanza para tratar de diferenciar al Yo del Sujeto del inconsciente. Haciendo uso de autores como Kojève (en su particular lectura de Hegel) y Descartes, de grafos y esquemas rigurosamente explicitados, la autora aborda las claves que decantan en la máxima lacaniana del inconsciente estructurado como un lenguaje. El sujeto será entonces un efecto perdiendo toda entidad.

De esta manera, la imposición de unidad que la ciencia quiere dar a la razón es leída como fruto de lo imaginario que el lenguaje descompleta formando su falta. Un espejo revelando su cara de ilusión es el inicio del fin. El totalitarismo de la imagen se pierde y el entramado simbólico obliga a pensar al infante como sujetado por el discurso de sus antecesores; la genealogía del deseo trasvasa la fantasía aparentemente propia y de ahora en más será tomada como un intento de colmar un agujero en la realidad. Al fin y al cabo somos herederos de un pasado impropio.

Ya no podrá tratarse al niño sin el deseo que delimitó su llegada a la vida, de ahí la importancia de incluir en el dispositivo el diálogo con los padres. Siendo testigo de un mundo fracturado como su propio cuerpo, el chico emprende su andar por el Otro del lenguaje buscando consistencia; sus primeros intentos por asirse del *virus palabrero* lo testimonian en el juego. Al inicio ofreciendo su ser para colmar lo que percibe como faltante (sitio que le otorga un lugar), para luego erigirse portador de la carencia, matriz del deseo.

En el cuarto capítulo el grillete del lenguaje se transfigura y arroja nuevas vías de lectura. Discontinuidad y corte son palabras comunes del léxico topológico tomando nuevos bríos en la propuesta aquí ofrecida. El decir del analizante se vuelve un tejido, un despliegue de la estructura que el analista debe advertir para tratar de escribir la relación que el sujeto tiene con el Otro del lenguaje, regla básica de todo diagnóstico psicoanalítico. Este paso no podrá darse sin dejar de lado el entramado cultural que orilla al clínico hacia el abismo del lugar común. De esta forma, la autora arriesga una hipótesis para abordar topológicamente la clínica infantil:

"El niño se coloca como sujeto frente al poder de la significación (imaginario), apalabrando y re-presentando con su juego y sus dibujos (simbólico), y posibilitando así la fisura desde lo real (el agujero)" (Stavchansky, 2012, p. 149).

Como vemos, la triada lacaniana de *imaginario, simbólico y real* entra al consultorio para hacer frente a los discursos que buscan reeducar al niño en pos de un sitio en la cultura. El síntoma desplegado en análisis será en sí mismo palabra y revelación de los límites discursivos del sujeto. Lo inefable bloquea toda idea de curación hacia la felicidad quedando fuera cualquier tipo de sentido en la vida que resulte ajeno al infante[3].

El texto avanza en este punto para distinguir un punto clave del análisis lacaniano en su aplicación a la clínica con niños. Una vez arrojado a la vida, el pequeño tendrá la posibilidad de ejercitar por sí mismo los elementos del lenguaje que ha recibido del Otro y así prolongar la expresión de su deseo. Será entonces la herramienta del juego la que le permita hacer uso de los significantes necesarios para ubicarse dentro del mundo, a la vez que le permitan armar su propia realidad[4]. El trabajo con niños descansará en la lógica de la articulación de elementos discursivos que oscilan entre las palabras, los silencios y su alternancia. La labor del analista será reubicar al analizante-niño en relación al lenguaje, siendo un testigo que garantiza la palabra que se dirige a otro[5].

[3] Tal como lo sugieren ciertas instituciones dedicadas a la salud mental, quienes ostentan una cura-tipo y que desconocen el lugar del niño como ser hablante al tacharlo de inmaduro.

[4] Recuérdese el juego del *Fort Da,* mencionado por Freud en *Más allá del principio del placer* (1920), donde un niño de escasos años juega con un carretel haciéndolo desaparecer mientras exclama: "¡Fort!" (lejos) y posteriormente haciéndolo reaparecer gritando: "¡Da!" (aquí está). Usando este ejemplo, Freud dará cuenta de la manera en que la repetición se construye sobre un vacío que el chico intenta cubrir ante la ausencia de la madre.

[5] No olvidando que el juego (o la ausencia de él) habla de una toma de posición frente al lenguaje.

Cabe señalar la propuesta de la autora para diferenciar el lenguaje adulto del infantil mediante el par lacaniano de enunciado y enunciación. El primero será comprendido como lo dicho, mientras que la segunda ocupará la función del decir como hecho. El adulto será colocado como aquel que al hablar queda olvidando su lugar de enunciación, respondiendo a la significación de las palabras proferidas. Mientras tanto, el niño se ubicará más en el lugar de enunciación, no importando lo que quiera decir sino desde dónde lo dice. Basta observar el ejemplo destacado por Freud en el caso del *Hombre de las ratas*, quien cuando niño intentara insultar a su padre lanzándole todo tipo de palabras que remiten a cosas que le rodean como: "lámpara", "mesa", "silla" (Freud, 1090/2005). El sitio de enunciación es claro pues trata de insultar al padre no importando que las palabras no sean hirientes en sí mismas.

Así, el niño buscará extraer del lenguaje un saber sobre su existencia, captando que es requerido por el Otro, dándose cuenta de un deseo que se desplaza sobre él y de algunas prácticas que son manifestaciones del mismo. No obstante, lo que el niño no puede alcanzar es su valor como objeto respecto de esa trama que lo determina. Una posible dirección de la cura será buscar que éste tome su lugar de enunciación para re-significar su espacio en la vida; hecho que no podrá darse sin la ubicación de la fantasía que le diera origen, misma que se tratará de construir en el consultorio. El analista ubicará su deseo en la separación entre enunciado y enunciación para abrir un espacio donde el sujeto se ubique frente a los límites del discurso que lo entrama. La verdad del síntoma es un punto que nunca podrá ser historizado y sobre el cual emergerá un espacio de creación. El niño puede entonces volverse poeta al enunciar su sitio en la vida.

En el último capítulo, titulado: "Hacia una articulación topológica con la clínica", la autora presenta un caso de su práctica como analista. En este destacará los diferentes cortes que dentro de un análisis de varios años pueden surgir. Se da cuenta de los obstáculos surgidos para tomarlos en un sentido lógico, donde las interrupciones temporales del tratamiento no forman una lista de fracasos sino diferentes momentos de la transferencia. Haciendo uso de los temas desplegados a lo largo del libro, aterriza su propuesta de pensar topológicamente la clínica con niños. Dilucidando el ternario lacaniano (real, simbólico e imaginario), apunta a despejar la idea de un fin de análisis como remisión del síntoma, pues algo de lo real (vestido de apremio de la vida) insiste cada tanto para poner a trabajar al inconsciente en aras de dar una nueva significación. La tarea del analizante será, una vez terminado su análisis, dar cuenta de un saber-hacer-con-eso que lo desborda en diferentes momentos de la vida. Dicho lo anterior, la autora concluye:

Mi postura ética como psicoanalista es asumir la parte de la falta que me toca y permitir que este fin (necesario) sea un punto de corte en la cadena significante (...) Habrá otros espacios en los que él resolverá la vida que es soportada por la muerte (Stavchansky, 2012, p. 193).

Como vemos, el compromiso con la ética no puede dejarse de lado en el tejido del que una analista es parte. Ella misma, incluida en la trama que le da lugar, no puede abstenerse de dar un testimonio frente al desamparo que cada analizante carga a cuestas. Al situarse en ese espacio intermedio entre el niño y el Otro la esperanza de un nuevo puente puede ser hilvanada. Suturando heridas amargas, remendando con parches hechos de palabras, un nuevo libro surge en la literatura psicoanalítica para lidiar con la pregunta y paliar el desamparo. El juego no volverá a ser el mismo...

Referencias

1. Freud, S. (1907/2005). El creador literario y el fantaseo. En *Obras Completas. Vol. IX.* Buenos Aires: Amorrortu editores.

2. Freud, S. (1907/2005). A propósito de un caso de neurosis obsesiva. En *Obras Completas. Vol. X.* Buenos Aires: Amorrortu editores

3. Stavchansky, L. (2012). *Tejiendo en la clínica. Entre el niño y el Otro*. México: Paraíso editores.

Recibido: 15 de noviembre de 2012.

Aceptado: 8 de diciembre de 2012.